

dos los tiempos, pues es la única posible en cuanto se rechaza la monarquía absoluta.

En general, la masa de los realistas, embriagada de júbilo con la idea de volver a ver a los Borbones, no se ocupaba mucho de cuestiones constitucionales. Conque la devolvieran el rey antiguo tenía lo suficiente. A decir verdad, lo prefería soberano de todo como en otro tiempo, antes que rodeado de estorbos revolucionarios; pero en fin, que se lo devolvieran de una manera u otra, y se creía segura de recobrar su felicidad pasada. Sin embargo, algunos personajes más avisados ó más sutiles, que no habían sistematizado sus preocupaciones, querían recobrar el rey *libre* y de ningún modo estaban por recibirle cargado de trabas. El abate de Montesquiou era de los principales. Para él y para los partícipes de su opinión, el rey era único soberano, y la supuesta soberanía de la nación no era más que una impertinencia revolucionaria. Sin duda alguna el rey, que no tenía los ojos cerrados a la luz, podía de tiempo en tiempo, como cada siglo ó cada medio siglo, notar que había abusos, y reformarlos, pero por su propia autoridad y concediendo una *ley reformadora*, que podía extenderse en caso de necesidad hasta modificar las formas del gobierno, pero jamás hasta enajenar el principio absoluto de la autoridad regia. He ahí todo lo que ellos eran capaces de conceder; pero imponer condiciones a la soberanía del rey, soberanía de orden divino, procedente de Dios, no de los hombres, someterla a un juramento, y no dar sino con esta condición la corona a su legítimo poseedor, eran a su juicio otros tantos actos subversivos.

Mr. de Talleyrand, que no tenía ni tiempo ni deseo de ocuparse en cuestiones de esa clase y confiaba por otra parte en el senado para encadenar a los Borbones, había dejado disputar a Mr. de Montesquiou con los senadores encargados de redactar la nueva Constitución. Este abate, filósofo y político, se encolerizaba hasta lo sumo cuando se hablaba en su presencia del principio de la soberanía nacional. Sin embargo, no estaba bastante ciego para atreverse a sostener el principio opuesto, y sobre todo para concebir esperanzas de hacerle prevalecer, pues antes habrían hecho girar a nuestro planeta en sentido inverso, que reducir a los hombres de la revolución a reconocer que el rey era el único soberano, y que la nación estaba sujeta a él y sólo tenía derecho para ser bien tratada, como los animales tienen, verbigracia, derecho a que el hombre no les abruma con padecimientos inútiles. Por eso, aunque enfadándose y clamando contra una cosa y otra, Mr. de Montesquiou no se atrevía a acometer de frente la dificultad, y contestar el principio de una especie de contrato entre el rey y la nación. No obstante, aprovechó la ocasión que le había dado el senado, cuando éste se concedió tantas ventajas en la futura Constitución, para mostrarse con él violento y casi injurioso. «¿Qué sois, pues, dijo a los senadores, para imponeros de este modo a la nación? ¿Qué otro título tenéis más que una Constitución que acabáis de destruir, ó una confianza que la nación no os ha manifestado, y que es dudoso que nunca os manifieste? En cuanto al rey, ¿os conoce siquiera? El rey es mi soberano y el vuestro, vuelve en virtud de decretos providenciales, cuyos autores no somos ni vosotros ni yo, y no tiene que pasar por vuestras condiciones. ¡Imitar el número de pares! ¡No dar al rey más que la

facultad de proveer las vacantes! Eso es violar hasta los principios de la monarquía constitucional, tales como se entendían en los países donde mejor la conocen, como en Inglaterra; eso es hacer de la dignidad de par una oligarquía omnipotente, contra la cual el rey se hallaría en la más completa impotencia, no teniendo la facultad de la disolución como respecto a la segunda cámara, y no pudiendo hacer promociones por la limitación del número de pares. Esta dignidad sería simplemente una soberanía absoluta y los soberanos seríais vosotros. ¡Habráis llamado al rey para que sirviera de pantalla a vuestra omnipotencia!»

Preciso es reconocer que acerca de este último punto el abate de Montesquiou tenía razón, pues limitar el número de pares era hacer omnipotente a la cámara alta. Sin embargo, estuvo duro, hasta insultante, pues pareció dar a entender a los senadores que les podrían dejar a todos sus pensiones y a algunos los puestos que ocupaban; pero que era todo lo que podían hacer por una pandilla de revolucionarios que no contaban ya con el favor popular, que jamás tendrían el favor real y que habían destruído su único apoyo al romper con Napoleón.

Los senadores habrían podido responder que si ellos no representaban ni al rey ni a la nación, nadie en aquel momento los representaba más que ellos; pero que en cambio, con sus faltas y sus debilidades, representaban una cosa muy considerable, la revolución francesa; que ellos eran fieles depositarios de sus principios; que esto les daba una fuerza moral inmensa, a lo que añadían una fuerza de hecho tan incontestable como la otra, cual era la de ser la única autoridad reconocida, especialmente por los extranjeros omnipotentes en París; que tenían la corona en las manos y que no la darían sin *condiciones*, dejando en libertad de rechazarla a sus pretendientes si es que esas condiciones no les convenían. Desgraciadamente entre aquellos hombres, tenaces en opinión, pero sin carácter firme, nadie era capaz de hablar con vigor, y en vez de responder se contentaron con obrar. Considerando a Mr. de Montesquiou como un arrogante, precursor de otros peores que él, se apresuraron a escribir lo que les convenía en su proyecto de Constitución, alentados como lo estaban por la aprobación secreta de Mr. de Talleyrand y por la aprobación poco disimulada del emperador Alejandro. Debemos advertir que estos altercados habían llegado a su mayor fuerza el 5 de abril, día en que los mariscales trataban en París la cuestión de la regencia de María Luisa y en que los representantes del realismo estaban sumergidos en mortales alarmas. Obtener en tales momentos la proclamación de los Borbones por el senado, cualesquiera que fuesen las condiciones, era una ventaja inestimable. «Concluyamos, dijo Mr. de Talleyrand a Mr. de Montesquiou, obtengamos de la única autoridad reconocida la exclusión de los Bonapartes y el llamamiento de los Borbones, y después se tratará de acabar con las cosas importunas, ó de sufrirlas. — Concluid de una vez, dijo igualmente a los senadores, proclamad a los Borbones, pues Bonaparte os haría pagar caros vuestros actos del 1 y 2 de abril. Proclamad a los Borbones é imponedles las condiciones que queráis; si no les convienen rehusarán la corona, pero no lo temáis, la tomarán de todos modos, y nosotros habremos salido de las manos del furioso que está en Fontainebleau.»

Estos consejos, excelentes para aplazar las dificultades, pero muy insuficientes para resolverlas, eran un medio de salir de los apuros actuales. El senado los siguió, y al otro día, que era el 6, en tanto que los mariscales volvían a Fontainebleau para pedir la abdicación pura y simple, votaba la Constitución, fundándola sobre las bases que acabamos de exponer. El senado, en esta Constitución, llamaba *libremente al trono*, bajo el título de REY DE LOS FRANCESES, a Luis Estanislao Javier, hermano de Luis XVI, y le otorgaba la corona hereditaria, que no debía ceñir sus sucesores hasta que hubiese prestado juramento de observar fielmente la nueva Constitución; después establecía un rey inviolable, ministros responsables, dos cámaras, una hereditaria y otra electiva; componía con el senado la cámara hereditaria cuyo número limitaba a doscientos miembros, lo que dejaba a la elección del monarca unos cincuenta nombramientos; componía la cámara electiva con el cuerpo legislativo actual, hasta la renovación legal de este cuerpo; aseguraba a los miembros del senado sus dotaciones y a los del cuerpo legislativo sus sueldos; reservaba al rey todo el poder ejecutivo, incluso el derecho de paz ó de guerra; repartía el poder legislativo entre el rey y las dos cámaras; admitía una magistratura inamovible; consagraba la libertad de cultos, la libertad individual y la libertad de la prensa; mantenía la Legión de Honor; las dos noblezas; las ventajas concedidas al ejército; la deuda pública; las ventas nacionales, y en fin, proclamaba el olvido de las votaciones y actos anteriores, etc.

Estas disposiciones, redactadas en términos sencillos, claros y bastante generales para dejar mucho que hacer al tiempo, fueron votadas en la tarde del 6, el 7 se imprimió la Constitución y el 8 la publicaron en todos los barrios de la capital. Debemos consignar aquí que no produjo el menor efecto. El senado, a quien habrían debido apoyar fuertemente, pues sólo él podría transportar la corona de Napoleón a los Borbones, sólo él podía, en esta transmisión, representar a la nación, bajo un título cualquiera, y estipular condiciones en su favor; el senado, decimos, que, por este motivo, habrían debido apoyar todos, no era estimado ni querido de nadie. Los bonapartistas echaban en cara a este cuerpo el haber levantado sobre su fundador una mano parricida; los amigos de la libertad, apenas despertados de un largo sueño, no veían en él más que el instrumento servil de un insoportable despotismo; por último, los realistas sistemáticos detestaban en él a la revolución y al imperio, estaban indignados de que se atreviera a surgir del centro de su vergüenza para dictar condiciones al rey legítimo, y unas condiciones que tomaba de una revolución aborrecida. A sus ojos, esto era un acto de insurrección, de impudencia, de cinismo inaudito.

Los realistas recurrieron al medio más cómodo, al que había usado Mr. de Montesquiou; atacaron al senado por su parte débil, clamaron con todo el público, que en esto les secundaba, contra el cuidado que había tenido de poner a salvo sus intereses, especificando el sostenimiento de sus dotaciones. Acababan de dar rienda suelta a la prensa, no a la prensa periódica, sino a la de los libelos, la única en boga a la sazón; y fué aquello un diluvio de escritos, de agudezas amargas contra aquel senado *conservador*, que de todo cuanto estaba encar-

gado de guardar, no había sabido conservar otra cosa que sus dotaciones. La avaricia cogida infraganti es uno de los vicios más propios para hacer reír a los hombres, que son ordinariamente implacables con las faltas a que están más inclinados. Así provocaron contra el senado una risa universal. El público cayó en el lazo, y no observó que riéndose de ese cuerpo se hacía cómplice de la emigración, cuyos vicios en aquel momento debían inspirar más temor que los del senado. Era una desgracia que únicamente podían apreciar los hombres de peso é ilustrados, siempre tan poco numerosos en las revoluciones. Pero el público en masa, uniendo su voz a la de los realistas, parecía decir a los senadores: «¡Hundidos con el soberano que no habéis sabido contener ni defender!»

Los realistas, aunque poco hábiles aún, pues salían de una larga inacción, trataron de sacar algún partido del cuerpo legislativo contra el senado, pero sin mucho fruto. El cuerpo legislativo, cuyas sesiones había suspendido Napoleón, no estaba reunido legalmente. Pero la legalidad no es un tropiezo en los momentos en que se destrona a los soberanos, y este cuerpo se había reunido llamando al mayor número de miembros que pudieron encontrarse, para figurar también en la nueva revolución.

Habiendo hallado el primer papel tomado por el senado, que por sí y ante sí había pronunciado la destitución, llamado a los Borbones, y que los soberanos extranjeros reconocían como la única autoridad existente, tenía que limitarse a seguirle, y estaba visiblemente celoso. Aunque no se había mostrado más firme que el senado, y contaba en su seno con menos capacidades, había adquirido cierta popularidad por la conducta que había seguido en el mes de diciembre anterior, y los realistas, adivinando su envidia, empezaron a lisonjearle con la esperanza de que les sirviera de instrumento. Sin embargo, estos manejos no podían tener las mayores consecuencias. El cuerpo legislativo, reducido a proferir algunas palabras de adhesión a las importantes resoluciones que se acababan de adoptar, podía sin duda usar un lenguaje un poco diferente del que usaba el senado, pero era incapaz de emitir resoluciones verdaderamente contrarias; los Borbones iban a entrar ligados por la Constitución del 6 de abril, ó por otra constitución análoga, y el resultado esencial era ése.

Mr. de Caulaincourt, encargado particularmente de estipular acerca de los intereses de Napoleón y su familia, veía con dolor el torrente de las adhesiones que se precipitaba hacia París, una vez esparcida la noticia de la abdicación pura y simple. Los mariscales Oudinot, Víctor y Lefebvre, y una multitud de generales se habían apresurado a enviar su sumisión al gobierno provisional. Los ministros del imperio, reunidos en Blois con María Luisa, habían hecho lo mismo en su mayor parte, y a su cabeza el príncipe archicanciller Cambaces. Únicamente los jefes del ejército que estaban lejos, el mariscal Soult, que mandaba el ejército de España, el mariscal Suchet el de Cataluña, el mariscal Augereau el de Lyon, al mariscal Davout el de Westfalia, y el general Maisón el de Flandes, no habían hablado aún porque no habían tenido tiempo para ello. Pero el gobierno provisional les había despachado emisarios para intimarles oficialmente y suplicarles en confidencia que

se adhiresen al nuevo orden de cosas, demostrando la inutilidad y el peligro de la resistencia; y exceptuando uno quizá, el mariscal Davout, cuyo carácter obstinado era bien conocido, esperaban contestaciones conformes á las circunstancias y á la razón, preciso es decirlo así, pues después de la abdicación de Napoleón no se comprende qué interés, público ó privado, habrían podido alegar en favor de una resistencia prolongada.

Cada día que transcurría, al dar más fuerza al nuevo gobierno, hacía más débil á Napoleón, y á sus representantes les ponía en mayor dependencia de los negociadores con quienes tenían que tratar. Alejandro, con mucha lealtad, había advertido esto á Mr. de Caulaincourt, y le había aconsejado que se apresurase, pues lo más que podría hacer, y eso empleando para ello toda su autoridad, sería alcanzar que le concedieran lo que él había prometido.

Con efecto, en el campo de los aliados y en los salones del gobierno provisional clamaban contra la flaqueza que había tenido este monarca de acordarle la isla de Elba, poniendo así á Napoleón tan cerca del continente europeo. Había sobre todo un personaje recién llegado, el duque de Otranto, que enviado con una misión cerca de Murat en la última campaña, estaba desesperado por haberse encontrado ausente mientras se consumaba en París una revolución, abandonando de este modo el principal papel á Mr. de Talleyrand. Menos á propósito que Talleyrand para tratar con los gabinetes europeos, lo era mucho más que él para dirigir las intrigas en los grandes cuerpos del Estado, y presente en París habría adquirido una importancia casi igual á la de Mr. de Talleyrand. Condenado al rango de segundo personaje, iba, venía, censuraba, aprobaba, aconsejaba y ponía el grito en el cielo contra la idea de acordar la isla de Elba á Napoleón, hacia el cual abrigaba tanto temor como aborrecimiento. Calificaba de locura la generosa imprudencia de Alejandro, y á fuerza de moverse, había logrado suscitar él solo una fuerte oposición contra las condiciones prometidas al emperador destituido. El Austria, por su parte, mostraba repugnancia á conceder un principado en Italia á María Luisa; dejaba en duda su consentimiento en cuanto á Parma y Plasencia, y le había negado positivamente en cuanto á la Toscana. Por último, hasta el gobierno provisional tenía sus objeciones: no quería dejar á Napoleón el honor de estipular ciertas ventajas para el ejército, como la conservación de la escarapela tricolor y de la Legión de honor, suponiendo que los intereses de esta clase no le concernían más á él, y hasta contestaba las condiciones pecuniarias, no tanto por la carga que habría de pesar sobre el Tesoro, sino por la especie de gratitud hacia el reinado imperial que parecía resultar de esta concesión. Pero Alejandro se había pronunciado con cierta irritación, y había hecho conocer á los aliados que le debían bastante para no exponerle á faltar á su palabra. Quería, pues, concluir inmediatamente. Sin embargo, Mr. de Metternich había permanecido en Dijón cerca del emperador de Austria, y como no deseara estar en París mientras destronaban á María Luisa, así como lord Castlereagh no quería ser responsable ante las cámaras inglesas del restablecimiento de los Borbones que, no obstante, deseaba con mucho ardor, el caso es que ambos se hacían esperar. Anunciaban para el 10 de abril la llegada de

estos dos ministros, y era imposible concluir nada sin ellos.

De repente un ligero incidente estuvo á punto de interrumpir la negociación y de dar á las cosas un curso enteramente nuevo. Si al lado de Napoleón el valor de ciertos hombres se debilitaba de hora en hora, la mayor parte de ellos, por el contrario, se exaltaban con el espectáculo de la flaqueza general. Estos últimos no se decían que algunos días antes eran también partícipes del cansancio común, que habían maldecido mil veces la exorbitante ambición del que había hecho correr la sangre en tantos campos de batalla, y se entregaban á la impresión que les causaba la vista del grande hombre abandonado, y que se había quedado casi solo en Fontainebleau. Sin duda, algunos de ellos pensaban en su carrera bruscamente interrumpida; pero todos estaban sinceramente indignados con la defección de Marmont y el carácter de ingratitud que había tomado; clamaban contra la traición, y estaban dispuestos á arrojarse sobre sus jefes, á quienes acusaban de ser los autores de la abdicación forzada de Napoleón. Con efecto, había corrido el rumor de que los mariscales habían violentado á Napoleón para obligarle á renunciar al trono. A un hecho falso añadían pormenores más falsos aún, y muchas cabezas exaltadas no estaban lejos de pasar á violencias positivas, en represalia de las violencias imaginarias que se complacían en contar. Cuando Napoleón se presentaba en el patio del palacio de Fontainebleau, muchos oficiales, alzando sus sables, le ofrecían el sacrificio de sus vidas. Profundamente enternecido con estos testimonios, que le hacían volver á los cálculos de las fuerzas que les quedaban á sus capitanes, Soult, Suchet, Augereau, Eugenio, Maisón y Davout, no había podido menos de experimentar y de traslucir algún sentimiento en ciertos instantes. Asociándose á este sentimiento, los hombres jóvenes y generosos, pero irreflexivos, cuyo entusiasmo hacia él se aumentaba entonces, se agitaron más que de costumbre en la noche del 7 al 8. Principalmente los antiguos granaderos y cazadores de la guardia que se habían quedado en Fontainebleau, habían recorrido las calles de la población, gritando: ¡Viva el emperador! ¡Mueran los traidores! Habían amenazado con la muerte á los que calificaban de este modo, y en fin, habían pedido que los llevaran á París, donde se batirían con desesperación. Sin embargo, al cabo de un instante de condescendencia, no previendo Napoleón, en su fría razón, que se pudiera sacar un gran partido de aquel movimiento, había enyado á sus más fieles servidores para calmar una efervescencia inútil, y esta emoción no había sido más que el resplandor postrero de una llama á punto de apagarse.

Uno de los oficiales que no participaba de estos sentimientos imprudentes, pero que temía sus efectos, había tenido la cobardía de denunciarlos á los aliados, añadiendo la falsa noticia que Napoleón se había escapado de Fontainebleau para ir á ponerse á la cabeza de los ejércitos de Italia, de España y de Cataluña (1). Cuando llegó esta noticia al estado mayor de los soberanos, causó una agitación suma. Después de la

(1) Mr. de Caulaincourt, que conoció al autor de la delación, no ha querido entregarle al desprecio de la posteridad y ha llamado su nombre en sus Memorias. (N. del A.)

fección del 6.º cuerpo, involuntaria por parte de los soldados, la deserción individual había comenzado á declararse en el ejército, y apenas le quedaban á Napoleón unos cuarenta mil hombres. Estos cuarenta mil hombres, mandados por él y pudiendo ser sostenidos por la población parisiense, causaban á los doscientos mil aliados que estaban en París y que en breve serían reforzados con otros tantos, un temor indecible, y no les permitían descansar mientras duraba el actual estado de incertidumbre. Alejandro, pasando de repente con la volubilidad de su carácter de una extremada confianza á la desconfianza más exagerada, se creyó engañado por los representantes de Napoleón, y olvidando hasta la lealtad de Mr. de Caulaincourt, que sin embargo le era tan conocida, supuso que la fidelidad imponía silencio en él á la sinceridad, y que, por consiguiente, estaba en París con los dos mariscales para ocultar una gran operación estratégica. La suposición había podido tener fundamento algunos días antes, cuando fueron enviados por primera vez y no habían comprometido su palabra, pero actualmente era una pura ilusión del temor. Alejandro mandó llamar á los tres plenipotenciarios, les manifestó su descontento, y llegó hasta el punto de decirles que les habría hecho prender si hubiese seguido su primer impulso y los consejos de sus aliados. Mr. de Caulaincourt respondió con altivez á la sospecha de que eran objeto, dijo que después del noble abandono que el monarca ruso había mostrado al tratar con ellos, jamás habrían consentido en ser cómplices ni siquiera de una astucia de guerra; sostuvo que habían mentido indignamente á los monarcas aliados, y ofreció constituirse prisionero hasta tanto que la verdad del hecho estuviese averiguada. Alejandro no aceptó esta proposición, y para probar que no había concebido aquella desconfianza á la ligera, comunicó la delación y el nombre del delator á Mr. de Caulaincourt. Éste se indignó y de común acuerdo enviaron oficiales á Fontainebleau para tomar informes; los oficiales volvieron algunas horas después con la relación exacta de lo que había pasado, y según ella, todo se limitaba á una especie de sedición militar, que se había apaciguado por sí misma, pues Napoleón no había querido aprovecharla.

Era ésta para todo el mundo una razón de apresurar el desenlace, y, sin embargo, había más razones aún, pues á cada instante anunciaban la llegada del conde de Artois, y una vez recibido este príncipe en París, con las aclamaciones que nunca les faltan á los recién llegados, podía hacerse imposible obtener nada para Napoleón. Es verdad que Alejandro había prometido no admitir en París al conde de Artois antes que estuvieran firmadas las convenciones relativas á la familia imperial, pero éste no era otro motivo para apresurarse y así lo hicieron. Ante todo, pensaron que no era prudente vivir bajo un armisticio tácito, que podía romperse á cada momento, sin que pudiera acusarse á nadie, y convinieron en hacer un armisticio formal y escrito para todos los ejércitos y particularmente para el que estaba acampado en Fontainebleau. En cuanto á éste, se estipuló que el Sena desde Fontainebleau hasta Essonne le separaría de las tropas aliadas, y á partir de la ciudad de Essonne el río de este nombre siguiendo la orilla hasta donde pudiera exigirle la extensión de los acantonamientos. Firmado que fué este armisticio, se ocupa-

ron del tratado relativo á la suerte de Napoleón y de su familia.

La isla de Elba, aunque contestada más de una vez á instancias de Mr. Fouché y de los ministros austriacos, no se volvió á poner en tela de juicio, gracias á la voluntad bien pronunciada de Alejandro. Seconvino, pues, en que Napoleón poseería esta isla soberanamente, conservando durante su vida el título de EMPERADOR que estaba acostumbrado á darle el mundo. Además se acordó que podían acompañarle setecientos ú ochocientos hombres de su vieja guardia, los cuales le servirían de escolta de honor y de seguridad. Ahora faltaba decidir con respecto á María Luisa y su hijo. Mr. de Metternich había llegado el 10 de abril y había negado la Toscana, diciendo que Alejandro al mostrarse dispuesto á concederla era generoso con el bien ajeno. Señalaron, pues, á la madre y al hijo, Parma y Plasencia. En seguida se ocuparon de las cuestiones pecuniarias. Habían consentido en asignar dos millones anuales á Napoleón, é igual suma para ser repartida entre sus hermanos y hermanas. Estas cantidades debían sacarse del Tesoro francés y de las rentas de los inmensos países cedidos por la Francia. Bajo esta condición, Napoleón se comprometía á entregar todos los valores del tesoro extraordinario, así como los diamantes de la corona. Sobre este tesoro extraordinario, le permitirían distribuir dos millones en capital entre los oficiales á quienes quisiera recomendar por sus servicios. Se prometía un principado al príncipe Eugenio, cuando se fijaran los arreglos definitivos de territorio, y por último, se conservaba la dotación de la emperatriz Josefina, aunque reducida á un millón.

Sólo al cabo de largos debates pudieron adoptarse estos arreglos. Como el gobierno provisional se oponía, no por la extensión de los sacrificios pecuniarios, sino por la gratitud hacia el reinado imperial que podía deducirse de ellos, Alejandro quiso que los representantes de Napoleón celebrasen una reunión con Mr. de Talleyrand y los ministros aliados. La discusión fué viva, y el mariscal Macdonald, indignado con las pequeñeces de ella, sostuvo enérgicamente la causa de la familia imperial. Por fin, la dulzura y la altivez de Mr. de Caulaincourt, que sobrepujaron hasta las altanerías ordinarias de Mr. de Talleyrand, terminaron el debate, quedando todos de acuerdo. Era el 10 de abril y se anunciaba la próxima llegada del conde de Artois.

El 11 hubo una reunión general de los ministros de las potencias, los miembros del gobierno provisional y los representantes de Napoleón. El tratado fué firmado por los ministros de los monarcas aliados, en documentos separados, y Mr. de Talleyrand, en nombre del gobierno real, sin adherirse al tratado, garantizó la ejecución de las condiciones concernientes á la Francia. Mr. de Caulaincourt entonces, por la primera vez, se desprendió de la abdicación de Napoleón y la entregó á Mr. de Talleyrand, quien la recibió con una alegría poco disimulada. Así debía concluir el poder más grande que haya reinado en Europa después de Carlo-Magno, y el conquistador que había firmado los tratados de Campo-Formio, de Luneville, de Viena, de Tilsit, de Bayona y de Presburgo, se veía reducido á aceptar por su noble representante, no el tratado de Chatillon, que había tenido razón en rechazar, sino el tratado del 11 de abril, que le concedía la isla de Elba para él y los suyos: ¡te-

rible ejemplo del castigo que reserva la fortuna á los que se dejan embriagar por sus favores!

Canjeadas las firmas, Mr. de Talleyrand tomó la palabra, y con una mezcla de dignidad y de cortesía dijo á los tres enviados de Napoleón que, habiendo llenado y muy cumplidamente sus deberes con respecto á su desgraciado soberano, el gobierno contaba ahora con su adhesión, estimando en mucho su mérito y su honrosa fama. A estas palabras Mr. de Caulaincourt respondió que sus deberes respecto á Napoleón no estarían cumplidos plenamente sino cuando estuviesen del todo ejecutadas las condiciones que acababan de firmar. El mariscal Ney contestó que ya se había adherido al gobierno de los Borbones y que se adhería de nuevo. «Yo haré lo que Mr. de Caulaincourt,» dijo el mariscal Macdonald. Hechas estas declaraciones se separaron, y Mr. de Caulaincourt, seguido del mariscal Macdonald, regresó inmediatamente á Fontainebleau.

Un poco antes de la firma de este tratado del 11 de abril, Napoleón había pedido á Mr. de Caulaincourt el acta de su abdicación. Aunque no conservara ninguna ilusión con respecto al Austria, y aunque comprendiera que Francisco II, sin dejar de amar á su hija, no debiese preferirla al interés de su imperio, había pensado que si María Luisa veía á su padre, obtendría de él alguna cosa, la Toscana quizá, preciosa por su proximidad con la isla de Elba.

Bajo este concepto la había aconsejado, mediante la correspondencia secreta que había entablado con ella, que se dirigiera al emperador Francisco. María Luisa, siguiendo este consejo, había enviado varios emisarios á Dijón y había recibido de su padre protestas de ternura propias para dejarla alguna esperanza. Al mismo tiempo, un aviso supuesto, que había llegado á manos de Napoleón, le había hecho creer que Francisco II desaprobaba la precipitación con que condenaban la regencia de María Luisa en beneficio de los Borbones. A consecuencia de este aviso falso, Napoleón había vuelto á pedir el acta de su abdicación, pero sin insistir, pues en breve hubo de reconocer la ligereza de los informes que le habían enviado. Mr. de Caulaincourt se había negado categóricamente á fin de no romper las negociaciones. Napoleón, sabiendo apreciar sus motivos, acogió á Mr. de Caulaincourt y al mariscal Macdonald con mucha cordialidad y muchas muestras de gratitud. Tomó el tratado de sus manos y lo leyó; le aprobó, excepto la negativa de la Toscana que sentía mucho, y dió las más vivas gracias á sus dos negociadores, sobre todo al mariscal Macdonald, de quien no se había prometido una conducta tan amistosa. En seguida los despidió á los dos como si hubiese querido tomar algún descanso y dejar para el otro día la continuación de la conversación empezada.

Apenas habían salido los dos negociadores, mandó llamar, como tenía de costumbre, á Mr. de Caulaincourt, para franquearse con él con toda confianza. Estaba más sereno aún que de ordinario, y había en sus palabras y en su actitud algo de solemne. Aunque en aquellas circunstancias extraordinarias hubiese empleado todas las fuerzas de su alma en moderarse, y hubiese logrado como elevarse sobre la tierra en alas de su genio, lo que Mr. de Caulaincourt no había podido menos de admirar profundamente, pareció que en aquel momento se ele-

vaba más alto aún, y hablaba de todas las cosas con un desinterés inaudito. Dió gracias de nuevo á Mr. de Caulaincourt, pero esta vez muy personalmente, por lo que había hecho, y pareció estar penetrado de gratitud, aunque sin sentir ninguna sorpresa. Repitió que el trato era suficiente para su familia y más que suficiente para él, que no necesitaba nada, pero manifestó otra vez su sentimiento relativamente á la Toscana. «Es un hermoso principado, exclamó, que habría convenido á mi hijo. En ese trono en que las luces han quedado hereditarias, mi hijo habría sido feliz, más feliz que en el trono de Francia, siempre expuesto á las tempestades y donde mi raza no tiene para sostenerse más que un título, la victoria. Además, ese trono había sido necesario á mi mujer; ya la conozco, es buena, pero débil y frívola... Mi querido Caulaincourt, añadió, César puede volver á ser ciudadano; pero su mujer con dificultad prescindiría de ser la esposa del César. A mayor abundamiento, María Luisa había encontrado en Toscana un resto de los esplendores que la rodearon en París. No habría tenido más que atravesar el canal de Piombino para visitarme, en mi cárcel habría podido considerarse como en sus Estados; en tales condiciones, yo habría podido tener esperanzas de verla y aun de ir á visitar, pues cuando hubieran conocido que yo había renunciado al mundo, que, como otro *Sancho*, no pensaba más que en la dicha de mi isla, me habrían permitido esos pequeños viajes; habría recobrado la felicidad de que he disfrutado bien poco en medio de todo el brillo de mi gloria. Pero ahora, debiendo vivir en Parma, mi mujer tendrá que atravesar muchos principados extranjeros para llegar cerca de mí... y ¡Dios sabe!... Mas dejemos este asunto; habéis hecho lo que habéis podido y os lo agradezco; el Austria no tiene entrañas...» Estrechó de nuevo la mano á Mr. de Caulaincourt, y habló de su vida entera con una imparcialidad y una grandeza incomparables.

Confesó que se había engañado, que entusiasmado con la Francia, con el rango que tenía en el mundo y el que podía tener, había querido elevar con ella y para ella un imperio inmenso, un imperio regulador, del cual habrían dependido todos los demás; y reconoció que después de haber realizado casi enteramente este hermoso sueño, no había sabido detenerse en el límite trazado por la naturaleza de las cosas. Luego habló de sus generales, de sus ministros, consagró un recuerdo á Massena, afirmó que entre sus capitanes era el que había hecho las cosas más grandes, no volvió á hablar de aquella campaña de Portugal, demasiado justificada ciertamente por nuestras desgracias en la Península, pero repitió lo que había dicho más de una vez, que en la hermosa defensa de Génova en 1800 sólo había faltado una cosa: veinticuatro horas más en la resistencia. Habló de Suchet, de su profunda sabiduría en la guerra y en la administración; dijo algo del mariscal Soult y de su ambición, no pronunció una palabra sobre Davout, que hacía dos años se había abstraído á sus miradas y que operaba entonces en Hamburgo prodigios de energía ignorados en Francia; finalmente, trató de Berthier, de su sensatez, de su honradez, de sus raros talentos como jefe de estado mayor.

«Yo le quería, dijo, y me acaba de dar una pena muy grande. Le supliqué que pasara conmigo algún tiempo

en la isla de Elba, y no me ha parecido que accediese á ello... Sin embargo, no le habría detenido mucho en mi compañía.

«¿Creéis que quiera yo prolongar indefinidamente una vida ociosa é inútil? Esa prueba de afecto le habría costado poco; pero su alma está quebrantada; es padre y piensa en sus hijos; se figura que podría conservar el principado de Neufchatel; se engaña, pero tiene excusa. Yo quiero mucho á Berthier y no cesaré de quererle... ¡Ah, Caulaincourt, sin indulgencia es imposible juzgar á los hombres y sobre todo gobernarlos!» Luego Napoleón habló de otros generales, citó á Gerard y á Clausel como las esperanzas del ejército francés, y se extendió en algunas reflexiones no amargas, sino tristes, sobre la prisa de ciertos oficiales para abandonarles. «¿Por qué no lo hacen francamente?, exclamó. Yo veo su deseo y su apuro, trato de abrirles el camino, les digo que ya no tienen que servir más que á los Borbones, y en vez de aprovechar la salida que les ofrezco, me dirigen vanas protestas de fidelidad, para enviar después á escondidas su adhesión á París y tomar un pretexto cualquiera para marcharse. Yo no aborrezco sino la disimulación. ¡Es tan natural que antiguos militares, cubiertos de heridas, traten de conservar con el nuevo gobierno el premio de los sacrificios que han hecho á la Francia! ¿Por qué ocultarse? Pero los hombres no saben jamás ver claramente lo que deben y lo que se les debe, ni hablar ni obrar en consecuencia á esto. El valiente Drouot es muy distinto; conozco que no está contento, pero no es por él, es por nuestra pobre Francia. No me aprueba, y sin embargo, seguirá firme, menos por afecto á mi persona que por respeto de sí mismo... ¡Drouot... es la vida!»

Napoleón trató luego de sus ministros, y pareció afectado porque ninguno de ellos había llegado de Blois para despedirse de él. Habló del duque de Feltré con arreglo á lo que siempre había pensado, es decir, de un modo poco favorable. Alabó la probidad, el saber, el amor al trabajo del duque de Gaeta y del conde Mollién; después se extendió acerca del almirante Decrés, pues parecía dar á este ministro, á quien quería poco, una importancia proporcionada á su talento. «Es duro, implacable en sus propósitos, dijo Napoleón, tiene gusto en hacerse aborrecer, pero es un hombre de un entendimiento superior. Las desgracias de la marina no son culpa suya, son culpa de las circunstancias; él había preparado con economía un material magnífico. ¡Ciento veinte navíos de línea tenía yo, Caulaincourt! La Inglaterra, mientras se paseaba por los mares, no se dormía. Me ha hecho mucho daño indudablemente, pero yo he clavado en ella un dardo emponzoñado. Yo soy quien ha creado esa deuda que pesará sobre las generaciones futuras y será para ellas una carga eternamente incómoda, si es que no las abruma con su peso.» Napoleón habló también de Mr. de Basano, de Mr. de Talleyrand y del duque de Otranto. «Sin ninguna razón acusan á Basano, exclamó, pero siempre la opinión necesita una víctima. Le achacan mis resoluciones más graves; pero vos que lo habéis visto todo, conocéis la verdad. Es un hombre honrado, instruido, laborioso y de una fidelidad á toda prueba. No tiene el talento de Talleyrand, pero le es superior bajo muchos conceptos. Talleyrand, á pesar de lo que él diga, no me ha resistido mucho más que Basano en las resoluciones que me echan en cara.

Acaba de hallar un papel que desempeñar y se ha apresurado á tomarle. Por lo demás, se debe desear que los Borbones gobiernen según sus miras. Será un consejero precioso, pero no son ellos más capaces de conservarle seis meses á su lado que él de estar con ellos el mismo tiempo. Fouché es un miserable; dará mil vueltas y todo lo enredará. Yo le inspiro tanto aborrecimiento como temor, y por eso quisiera verme en las extremidades del Océano.»

Esta conversación era interminable y Mr. de Caulaincourt admiraba el juicio imparcial, casi siempre indulgente, de Napoleón, en quien apenas quedaban señales de las pasiones de la tierra. En aquel momento anunciaron al conde Orloff, que traía las ratificaciones del tratado de 11 de abril, que el emperador Alejandro, con suma cortesía, había querido despachar inmediatamente. Napoleón se mostró importunado y no quiso separarse de Mr. de Caulaincourt; tan poca era la prisa que tenía en firmar un acto semejante. Prosiguió, pues, la conversación, y después de haber hablado de los demás, viniendo á hablar de su persona y de su situación, dijo con un acento de dolor profundo: «Padezco, es verdad, pero los padecimientos que sufro no son nada en comparación de uno que á todos los sobrepuja... ¡Acabar mi carrera firmando un tratado en que no he podido estipular un solo interés general, ni siquiera un interés moral, como la conservación de nuestros colores, el sostenimiento de la Legión de honor!... ¡Firmar un tratado por el cual me dan dinero!... ¡Ah, Caulaincourt, si no fuera por mi hijo, mi mujer, mis hermanas y hermanos, haría trizas este tratado!... ¡Ah, si mis generales, que han tenido tanto valor y por tanto tiempo, le hubieran tenido dos horas más, yo hubiera cambiado los destinos... Si siquiera ese miserable senado, que sin mí no tiene ninguna fuerza personal para negociar, no se hubiera colocado en mi puesto; si me hubiese dejado estipular en nombre de la Francia, con la fuerza que me quedaba y con el temor que yo inspiraba aún, habría sacado otro partido de nuestra derrota... Habría obtenido alguna cosa para la Francia, y después me habría sumergido en el olvido!... ¡Pero dejar á la Francia tan pequeña, después de haberla recibido tan grande!... ¡Qué dolor!»

Y Napoleón parecía como anonadado bajo el peso de sus reflexiones, que en las faltas ajenas le mostraban las suyas propias; pues efectivamente, si sus generales no le habían querido seguir una vez más, es porque los había cansado hasta extenuarlos; si el senado no le había dejado la iniciativa, es porque conocía la necesidad de arrancarle el poder de las manos para terminar una crisis terrible. Napoleón veía todas estas verdades distintamente sin manifestarlas, y se castigaba á sí mismo juzgándose, pues de ese modo la Providencia castiga al genio: le deja el cuidado de condenarse y de darse tormento con su propia perspicacia. Después, con un dolor más acerbo aún, Napoleón añadió: «¡Y estas humillaciones no son las últimas!... Tengo que atravesar esas provincias meridionales, donde las pasiones son tan violentas. Perdonaría á los Borbones que me mandaran asesinar; pero quizá me voy á ver entregado á los ultrajes de ese abominable populacho del Mediodía. ¡No es nada morir en el campo de batalla, pero morir en medio del fango y á manos semejantes!»